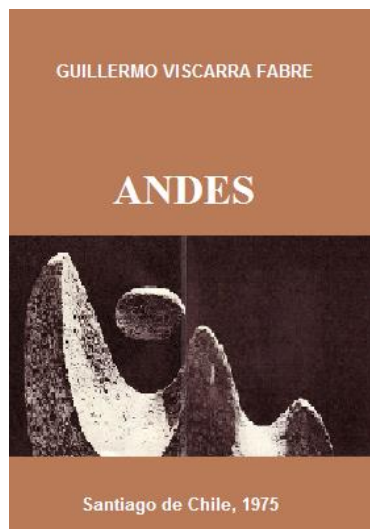
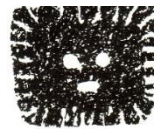




GUILLERMO VISCARRA FABRE

ANDES



Portada *Marina Núñez del Prado*
"Montaña y Luna"

Diseño y Diagramación
Mario Fonseca Velasco

© Rolando Díez de Medina, 2021
La Paz-Bolivia

a *NILDA NUÑEZ DEL PRADO*

I

Montaña de montañas.
Idolo deslumbrado por su propia blancura.
Angel encarcelado en tenebrosa estancia,
emergido de subito vestido de vapores
cuando la geografía no tenía principio,
cubierto con inmensa piel antediluviana
de paquidermo indomito;
extendido a lo largo de todo un continente,
de norte a sur se apoya como un monstruo crestado
hundiendo su cabeza sedienta en el Caribe
mientras su cola enhiesta de basaltos antiguos
se baña entre los tímpanos flotantes y sonoros
de las aguas de menta de los mares antárticos.

Tiene el tórax cubierto de rocalla encrespada
y es su exilio un tumulto de finos campanarios
de cúspides nevadas. Sus ventanas abiertas
desmesuradamente miran hacia el vacío
y por las tardes salen a sus huecos, estrellas
de destrenzada crencha, tristes e inconsolables

Monumento inaudito de osada arquitectura,
de arcos torales sólidos tallados en cristales
y mármoles vivientes
en una delirante gigantomaquia lúcida.
Su crecida figura de gladiador invicto,
sus cupulares huesos y macizos deltoides
parecen modelados por manos iracundas.

En pórfidos de púrpura y ágatas fumiformes
se yerguen en hileras columnas y obeliscos
que parece que anhelan alzarse inútilmente
hasta la polvareda de lejanas galaxias.

Siendo su porte angélico tiene el gesto ceñudo
de un Dios solo y proscrito.

Su ávida garganta tragasus propios sueños,
se devora a sí mismo
en una persistente y atroz antropofagia.

Parece que se mueve y hasta que se columpia
bajo la indiferencia de un duro cielo vítreo
sostenido en el aire como un terrible arcángel
mensajero de muertes y de resurrecciones.

Albañiles alados tallaron los peldaños
de caracol en verde y bruñida obsidiana
para trepar sus altos y brumosos alcores.
Lo visten los nocturnos con leves ornamentos
bordados por la lluvia de rubios meteoritos.

Azotado por crueles latigazos de viento
se aborrasca su frente de córneos pedernales
mostrando el pensamiento desnudo de la piedra.

Se estrangula, se anuda, se extiende en altiplanos,
se levanta en tricúspides de estriadas agujas
en asombrosa suerte de una epilepsia cósmica,
otras veces se aplaca en lagos de turquesas
de bíblica inocencia o en sábanas crujientes
de sal inmaculada en un místico arrobó
de nupcias infernales.

Sus huesos colosales, su anfractuoso contorno
modifica el relieve de toda su estructura
en la visión del ojo de un cíclope frenético.

Arbotantes de piedra, archivoltas de hielo
de ornamentos de encaje, gárgolas de basalto
con mascarar oníricas
decoran sus ingentes catedrales vacías.

Brota de su organismo de encendidas piritas
un clamor, una queja de heridos alabastros
que estallan al influjo de anónimos ahogos.

A manera de hinchadas yacijas y almohadones
se extienden las turberas onduladas y grises
en densa montonera ósea, fosilizada.

Selvas cristalizadas en transparentes vástagos
se trizan por fatales presiones atmosféricas.

Cementerios arcaicos de andenes fantasmales
hablan de galopantes invasiones marinas
a los inexpugnables baluartes de andesita
bajo un vuelo luctuoso de cóndores caudales.

Su colosal aseo su belleza arrogante,
su hermosura monstruosa, arrodilla las almas,
pulveriza energías y atomiza los sueños.
A fuer de monumento material esta mole
logra divinizarse en la helada grandeza
de un dios omnipresente.

En estas soledades se producen batallas
sin héroes ni caudillos en cuyas hecatombes
de retumbante estrépito ruedan a los abismos
cabezas de montañas ante la indiferencia
de la naturaleza.

Los nombres de sus cumbres de desinencias líquidas
son de una sugerencia musical entrañable:
Illimani, Aconcagua, Illampu, Mururata,
Guayguas, Cayambe, Cotopaxi, Pichincha, Chimborazo.

Sus nudos son hinchados tumores viscerales
que irradian complicados esguinces de orogenia
como el Nudo de Pasco que es la red hidrográfica
del Mantaro, el Huallaga y el Marañón sonoro.

Rebaños mujidores de ríos cuyo ariete
perfora y atraviesa densos núcleos de roca
para cruzar los paramos,
hasta precipitarse de inaccesibles cimas
convertidos en leves fantasmas vaporosos
e incorporarse al ancho caudal del Amazonas.

En sus entrañas pétreas de grutas tenebrosas
duermen como en un cofre diáfanos monolitos
de esmeraldas y azules turquesas virginales,
vetas culebreantes entre espumas de cuarzo
de oro amarillo y frío
y jardines metálicos de flores congeladas.

¡Qué de cumbres excelsas y de escalas floridas,
qué de ocultos paraísos de tibias arboledas
que abriga a colonias de pájaros exóticos!
¡Qué de negras estepas de vegetales fósiles
donde ambula la muerte de vértebras crujientes!
¡Qué altitudes enhiestas de las que se avizora
la metrópoli glauca de los inquietos mares
poblada de cardúmenes de peces trashumantes!

Azula los contornos pensativos del monte
la ojera de la hirviente solfatara que expande
sus tóxicos vapores, ahuyentando a bisulcos
huemules triscadores, en tanto que los gansos
salvajes, sorprendidos crotoran sus temores.

Se yerguen las delgadas varas de los quinuales
en panojas teñidas de azafrán y escarlata
y bajo sus penumbras, parejas de perdices
buscan ávidamente sus menudas semillas.

Al socaire del risco de floridos espinos
con ojos de mujeres dulces y enamoradas,
una pareja rubia de vicuñas otea
la pulida osamenta de la llanura calva.

¡Ay! La fauna adorable por indómita y bella
de este paraje anónimo de atroces soledades.
¡Ay! Los pumas de elástica musculatura de oro
y los emperadores de estas claras atmósferas
surcando con sus remos de cóndores libêrrimos
un cielo luminoso recién inaugurado.

En lo alto de los páramos, entre rizos de nieve,
sobre camas de musgos y epifitas de niebla
se alzan tímidamente florecillas azules
como añicos de cielo o polvo de turquesas.

Nacen de los glaciares orugas transparentes
de recónditas aguas
que reptan presurosas camino del barranco
que se abre en hondo tajo despiadado y sangriento.

En el limbo en que mora la oscura primihistoria
y entre húmedas penumbras de cavernas rupestres
existen jeroglíficos y mágicas grafías
de una raza de seres arcaicos y extinguidos.

Se han perpetrado asaltos e invasiones humanas
que han dejado banderas altas petrificadas
como las enigmáticas ruinas de Tiahuanaco,
San Agustín y otros túmulos arqueológicos.

Yacen en el hermético secreto de las Huakas
máscaras de oro pálido para muertos insignes,
tejidosque amortajan príncipes y harawikus
y una fina cerámica de ornamentos pasmosos.

Al mirar a occidente todo es ósea calvicie
en este mar de lava, de soledad y muerte;
y en un incendio helado de llamaradas blancas
se devoran las cumbres por escalar los cielos.

Otean desde el rojo peñón ensimismado
torturados espectros de náufragos arbóreos
que envueltos en las leves nieblas crepusculares
parece que esperaran un nuevo Apocalipsis.

En tanto en las llanuras edenicas de oriente
la rubia exuberancia de largas primaveras
vuelca su cornucopia de frutas carmesíes
igual que en las orgías paganas de un Dionisos.

¿Adheridos a crines de corceles de viento
o entre las barbas verdes de hipocampos oceánicos
llegaron de lejanos y milenarios bosques
vástagos y semillas a estas tierras indómitas?

Castillos de alabastros y mármoles hieráticos,
¿por que secretas redes de escondrijos geológicos
atisbaron sus blancos alminares traslúcidos
los rítmicos isleños de la azul Polinesia?

¿En que escuela esoterica, clarividente y mágica
aprendió el deslumbrante arte de la orificia
el orfebre quimbaya y el virtuoso del que habla
en lengua gongorina el Inca Garcilaso?

¿Que trabazones tuvo su clan de campeones
con esos espectrales monjes del Himalaya
que se nutren del jugo dulce del rododendro
y que tienen el iris solar de Tercer Ojo?

Alumbran sus desnudos pies de ídolo eterno
lívidos fuegos fatuos
que brotan del osario que amontonó en milenios
la muerte vigilante que aguarda en sus cavernas.

Este es el territorio en el que se han erguido
los sueños como ingravidas criaturas inefables
y en monjiles teorías discurren silenciosos
en el imaginario país de los prodigios.

Les plugo a los destinos intuitivos y sabios
que este gigante osado se arrancara de cuajo
de la placenta cósmica para asombro y tortura,
júbilo y maravilla de los ojos humanos.

II

Desde la pampa ingente del gaucho Martín Fierro
a la sabana parda del fogoso Bolívar,
siete naciones viven bajo la egida blanca
de esta excelsa montaña de atrevida estatura.

Argentina, Bolivia, Chile, Ecuador, Colombia,
Perú y Venezuela le van creciendo a modo
de lunas en su propio corazón berroqueño
sobre los basamentos de orígenes comunes.

Uno solo es el deudo perdido en la prehistoria,
el audaz y remoto trepador de montañas,
el que atrapó los cuernos del Búfalo Geológico,
el mítico Odiseo que sojuzgó los Andes.

¡Ah! La crónica de oro del gran tataradeudo,
sus solitarios triunfos y sus adversidades,
su gruta megalítica y el Puma amedrentado
por el rostro de eccehomo del humano heroísmo.

¡Ah! Las pisadas tácitas en cornisas de rocas
voladas sobre abismos de aterradora hondura
y las largas vigiliadas mojadas de silencio
en espera del alba demorada y distante.

¿Vino en ágil piragua horadada en un tronco,
por fluviales gargantas y ensenadas marítimas,
como dice el arqueólogo desvelado y atento
en investigaciones de dialéctica culta?

¿A que brújula mágica se atuvo el navegante
para cruzar senderos azules y falaces
guardados por serpientes de escamas de esmeralda
y feroces anfibios viscosos y rampantes?

¿Fue un chavín de los valles del Marañón adánico
o un aymara mimado por el rumor lacustre
de las altas mesetas, el primer ser humano
que llegó ante la helada faz de la blanca Esfinge?

Y en este laberinto de la antropología,
y en estos bizantinos tropos de la prehistoria,
sólo queda en su base milenaria de pórfido
la prodigiosa Puerta del Sol en Tiahuanaco.

Muda, abierta, solemne, decorada de un friso
de pasmosos relieves de alados dioses fieros,
espectral se levanta en el páramo inhóspito
como el vedado ingreso al reino del misterio.

La enorme cordillera es un monarca antiguo,
despótico soberbio, indómito huraño;
quien logró su dominio, venga de donde venga
es el prócer epónimo paradigma de próceres.

El con su clan autóctono erigieron el templo
para su viejo culto de ritos heliolátricos
con bloques verticales de pulidos basaltos
sobre firme atalaya de base berroqueña.

Dominadores lúcidos del ambiente geográfico,
él y su clan trazaron escalonadas rampas
de la base a la cumbre de azules serranías
para futuras siembras y futuras cosechas.

El olluco, la oca, el maíz y la papa
vistieron con sus flores la arruga del paisaje
y al rumor de la lluvia sobre las sementeras
y en pañales de orvallo nació el primer kaluyo.

La “hata” o sea el “aillu” fue la célula madre
del incipiente grupo social de los andinos
y después viene el núcleo extendido en innúmeros
pueblos de agricultores de empuje colectivo.

El y su clan plantaron junto con el olluco
la raíz perdurable de una cultura eterna,
que está viva y renace del polvo de los siglos
como la inflorescencia de la Puya Raimondi.

A manera de verdes serpientes encadenadas
de risco a risco al filo de la negra montaña,
se tienden las maromas de los Puentes Colgantes
en hazaña inaudita de ingeniería infusa.

Quien mire desde el frágil pretil del puente aéreo
el vórtice brumoso por el que va cruzando
sentirá que sus vértebras se desquician y crujen
ante el rostro de ciego del caos primigenio.

Este clan, esta tribu de colonizadores
cubrió con sus caminos y abiertas carreteras
los dislocados ámbitos del miraje serrano
de cumbres, bosques, ríos y llanos esteparios
en un desmesurado frenesí constructivo.

Según afirma en cifra redonda el estudioso,
fueron diez mil kilómetros de caminos de piedra
los que rayaron toda la extensión de los Andes.

El germano arquetípico Von Humboldt señalaba
un solo paralelo cultural de este tipo
entre las luminosas rutas de estas montañas
y el extenso dominio del Imperio Romano.

Por marfileñas crónicas coloniales se sabe
de la alta hegemonía de esta comarca insólita
en la que el deificado monarca omnividente
gobernó con el arma del respeto recíproco.

No fueron las conquistas sangrientas de otros reinos,
y la flecha y la lanza se destinó a la caza
del puma engalanado con ropajes de oro.
El único proscrito fue el espectro del hambre.

Se encierra en el relámpago la violencia divina
y la rueda es el signo que anuncia a la serpiente,
a veces se utiliza la fina línea curva
para el cingulo que alza la túnica del príncipe.

El Ande es el orgullo de piedra incorporado,
una voraz hoguera de blancas llamaradas;
una desmemoriada esfinge congelada
que guarda los secretos de una cósmica raza.

Emergen en constante y obsesiva amenaza
los volcanes de ígneas entrañas infernales
que de súbito expelen sus fuegos subterráneos
alumbrando el profundo corazón de la noche.

Este es el lodo mártir macerado con lágrimas,
coronado de espinas, lodo del primer hombre
convertido en basaltos acribillados, rotos
por esa tartamuda artillería sísmica...

Un grito, una palabra ocasiona el derrumbe
de bloques gigantescos de esquistos resbalosos
que caen empujando ruidosas avalanchas
de blancas e iracundas tempestades de nieve.

Después la nieve in resa en un espasmo lívido
y se inflama por dentro en incendios azules...
La nieve es la ceniza que amontona la muerte
en catafalcos mudos de blanca desmesura.

Es ubicua y fantástica la nieve de los Andes,
a veces deja rastros de sus crueldades pálidas
mostrando milenarios cadáveres intactos
detrás de los cristales de sus hielos pulidos.

Múltiple y simultánea se adelgaza y se extiende
manchando las distancias con hemorragias blancas,
escalando las cumbres, colmando los barrancos
en un incontenible y ominoso *delirio*.

Todo es desmesurado, excesivo, hiperbólico
en este territorio de desnudos calvarios,
donde las cumbres suben sobre cumbres de cumbres
en espectaculares simbiosis de orogenia.

Difícil, complicado logogrifo, los Andes
zabullen al experto como en un laberinto
de atrevidas hipótesis y sentencias pedantes
sin lograr finalmente penetrar su misterio.

La desmedida empresa de los Conquistadores
zurcidos de bermejas y viejas cicatrices,
tropezóse de súbito con el aspecto de ángel
de la gran Cordillera de los Andes indómitos.

Angel como los ángeles del Viejo Testamento
que pueblan los versículos del rojo Apocalipsis.
Angel invulnerable de hermético contorno,
inmóvil en su solio de horizonte a horizonte.

¡Ah! los conquistadores, barbudos y egocéntricos
rodeados de estandartes, banderas y oriflamas,
hinchados del recuerdo de Flandes y Lepanto
ante el blanco fantasma de la montaña incógnita.

Mas le hubiera valido al mísero y cuitado
don Hernando Pizarro no acometer la hazaña
en la que sus caballos amarrados por cuerdas
fueron al aire izados, coceando en el vacío
como vivas banderas que agitara la muerte.

En otro solitario callejón de los Andes
caballos y jinetes convertidos en témpanos
de hielo transparente se quedaron inmóviles,
rígidos y grotescos al filo del vacío.

La balbuciente queja de Pedro de Alvarado
contra las intemperies infernales del Ande
que diezmó a los soldados que formaban su séquito
muestra un grupo de espectros vagando entre la niebla.

Peranzúres, Almagro, Belalcázar, Mendoza
y un rosario de nombres de cepa castellana,
forman la colegiata de fantasmas ecuestres
perdidos en el blanco infierno de los Andes.

Como señal visible de esfuerzo denodado
persisten los blasones de las provincias vascas
grabados en escudos que decoran los frontis
de casonas dispersas que dejó la Conquista.

Asegura el cronista que una princesa indígena
casó con el sobrino de Iñigo de Loyola
en un templo barroco del Potosí de plata
enrojecida en sangre mitaya y yanacona.

¿Y don Lope de Aguirre, aquel gran paranoico
atrapado en las garras del duende de “El Dorado”,
repitiendo entre muertos sórdidos su monólogo
obsesivo, golpeado, trágico y delirante?

La mesnada española de hinojos, desgarrada,
blasfemando en sonoro y bronco castellano,
con el senuelo pálido del oro en su tiniebla
se perdió en el anónimo como una sombra, apenas...

Es que según la arcaica superstición telúrica
la montaña es ropaje de un dios omnipotente
que sabe de la hormiga, del pájaro y del hombre
y es dueño del aliento de todo lo creado.

Fueron cien años rojos de conquista oprobiosa,
bajo negras banderas de destrucción y muerte,
en los cuales saquearon templos y fortalezas
tapizadas de planchas de oro rubio y pulido.

Cuatro siglos seguidos de exterminio vandálico
socapa de costumbres y heréticos desvíos
de una antropología fuertemente entroncada
con los viejos demonios de bíblicas pentápolis.

Sustituyó al barbado conquistador de hierro
el despiadado y cínico señor *encomendero*
en compañía de curas, rábulas y barberos
eternos enemigos de Cristo y Don Quijote.

La "dichosa península" del bardo taumaturgo
fue la fértil almaciga de vástagos miríficos
y cizaña rastrera que medraron en este
Nuevo Mundo florido de corimbos de oro.

Alvar Núñez, Ercilla, Bernal Díaz Castillo,
Félix de Azara, Herrera surgen como los robles
del lodo movedizo de zafia soldadesca
que inundó como inunda el campo la cizaña.

El fraile dominico Bartolomé las Casas
marcó con fuego el rostro de los encomenderos
defendiendo una raza a punto de extinguirse
en medio de un cobarde silencio colectivo.

Fueron conquistadores, los mismos que fundaron
después de mil penurias, ciudades halagüeñas
en la boca de ríos, en alcores de plata,
en los cuencos del monte y al filo del barranco.

El conflicto orográfico de los Andes impávidos
compensóse con creces al ser ornamentados
por ciudades aladas de ágil arquitectura
que parecen ingrátidos fantasmas de ciudades.

Sobre polvo de huesos, sobre ruinas de ruinas,
sobre oros entrañables, sobre sangre empastada,
sobre sueños y lágrimas, sobre regios despojos,
siete naciones viven bajo su égida blanca.

Paradisíaco, edénico y espiritual paisaje
cuando se evoca el curso de la etnoprotohistoria
de Tierra Prometida de este paraje oculto
de auríferos torrentes y estrepitosos mares.

Fieros acantilados que bajan verticales
a bañarse en las rosas de espuma de las aguas,
en tanto que se visten sus húmedas barrancas
de crustáceos azules y de unjardín de conchas.

Cristalizadas islas bruñidas de obsidiana
que surgen y zabullen bajo los oleajes
de mares enjaulados en solitarios ámbitos
bajo un cielo manchado de exodos de gaviotas.

Ingrávidas piraguas que navegan ligeras
por las aguas bullentes del río Magdalena
que ingresa y que recorre todos los vericuetos
de la base granítica de los Andes macizos.

Piraguas tripuladas por ágiles remeros
de músculos de bronce y asiática mirada,
portadores de raíces de pulpa fresca y sávida
y racimos traslúcidos de esmeraldas talladas.

Los remeros ostentan a más de su apostura,
posados sobre el hombro que curtió la intemperie
gárrulas guacamayas de sedoso plumaje
pintado con ardientes colores de arco-iris.

¿Vienen de Santa Marta? ¿Son marinos caribes?
¿O bien son desprendidos del brumoso tairona
que según el etnógrafo es uno de los troncos
de la generalogía de las gentes andinas?

¡Oh! los espectaculares deltas de algunos ríos
de sonoro monólogo y de enturbiados limos
cargados del aliento de primitivos bosques
que lloran cristalinas resinas aromáticas.

Días y noches corren las selváticas aguas
a la sombra de bosques de impenetrables muros
de cedros seculares y robles encrespados
vestidos de apretados y florales corpiños.

Se empeña inútilmente el trópico candente
en escalar los flancos de la torva montaña
guardada por vestigios de fantásticas nieblas
que bajan en legiones densas a protegerla.

No obstante en los meandros cristalinos del río
y en los limos oscuros de playas interiores
bajo el ala de piedra de la misma montaña
prosperan apretadas familias vegetales.

La mano de un fantasma clavó estacas de vides
que en el estío cubren enjambres zumbadores
de abejas y parvadas de tórtolas salvajes
que llenan con sus quejas la oquedad del barranco.

Y junto al ojo fresco de agua de la vertiente
que corre entre raíces de albahacas olorosas
se alza tímidamente con su techo pajizo
la precaria cabaña como un juguete bárbaro.

Las huakas y cabañas y despues las ciudades
poblaron el sinuoso organismo sensible
de esta desmesurada criatura invulnerable
proscrita entre murallas de espesas nieblas plúmbeas.

Vórtice, torbellino, ascensional delirio
de alabastros ingrátidos y diáfanos basaltos,
espuma de los cielos en aereos archipiélagos,
criatura de linajes cósmicos y estelares.

Los Andes patagónicos corpulentos y abruptos
en cuyas carnes se hunden las huellas de las manos
de Dios al crear la tierra en remotas edades;
los Andes patagónicos de acumulados hielos
sobre el techo del mundo grávido y astillado
entre incoloras láminas de fríos micasquistos.

Son millares de cumbres, es una muchedumbre
apiñada de cumbres a lo largo de América:
Pichincha, Cotopaxi, Huila y Tunguragua,
la Silla de Caracas y el Misti de Arequipa.

Fantasmales, hieráticas, excelsas y empinadas
tres cumbres señorean como los estandartes
de las caballerías de escuadrones angélicos,
el Aconcagua ingente, el tríptico Illimani
y el Chimborazo pira que se consume en blanco
incendio congelado. Los tres blancos jerarcas
de esta grey de gigantes que llamamos los Andes.

Cerrado en su ostracismo de hierro el Aconcagua
en el centro del ágora de columnatas trucas,
es un monje contrito que en su tebaída escueta
se adormece escuchando el responso del viento.

Encumbrado en un salto de alabastros alados
el Illimani tiene la esbelta transparencia
de una ola detenida en la cumbre del aire
por encontrar el claro país de una galaxia.

En tanto el Chimborazo de holanes virginales
en medio de unos prados de jugosa verdura,
como una miniatura de marfiles y azúcares
se copia en las pupilas de los toros cerriles.

Humahuaca, Pallaschas, Charcas y Tarabuco,
el Callejón de Huaylas, el lago Titicaca,
Chacabuco, Uspallata, Boyacá y Ayacucho
son palabras cargadas de magnetismo y magia;
son el “sésamo” antiguo de las Mil y una Noches,
palabras cabalísticas como la “abracadabra”
de mágicas virtudes y poderes secretos.

En las hondas quebradas que enrojecen los ceibos
o en las verdes colinas de tierras labrantías,
alzan los caseríos sus agudos tejados
bajo el mágico incendio de un cielo cristalino.

Ciudades de los Andes, muestrario de contrastes,
disgregadas, lejanas, bellas, superlativas;
ciudades paradójicas, alardes de ciudades,
irreales como esbozos de sueños de ciudades.

Pájaros detenidos en el aire traslúcido,
como los colibríes de plumas coruscantes
son las claras ciudades que pueblan los barrancos
y flancos luminosos de los Andes de vértigo.

Ciudades amasadas con canciones y lágrimas
de esclavos y de indígenas con la carne de mártires,
ciudades con los suelos sonrosados de fuego
y afluxionados muros de morenos adobes;
descalzas y ascendentes, admirables ciudades,
crucificadas, mártires, ciudades denodadas,
doradas por regueros de sol rubio y ardiente
como esas milagrosas apariciones bíblicas.

Ciudades espectrales en las que se interroga
el secreto, el origen, la memoria primera
del rupestre dibujo, de la obscura previda
de esta ciclópea masa que llamamos los Andes.

Ciudades cuya carne está escrita a balazos
y que muestran un mapa de rojas cicatrices;
ciudades taciturnas de expresión detenida
en un grito insolente de altivez indomable.

Ciudades fracturadas en súbito derrumbe,
con el pecho deshecho y la frente rajada,
todavía crispadas por el trágico asombro
que escribe hasta en las piedras el brutal terremoto.

Ascéticas ciudades excavadas en roca,
vestidas con el áspero sayal de la pobreza,
ajustadas al cepo de crueles exigencias
con que abrumba y tortura el voraz agiotista.

Ciudades de frenética prosperidad diabólica
de “óperas italianas” al borde de la selva,
de “hoteles de gran lujo” que invaden los caimanes
gracias a los prodigios de la hevea del látex.

Ciudades como cofres de fina taracea,
ciudades coruscantes como alhajas de oro;
churriguerescas, crespas ciudades inefables,
con aspecto de blancos fantasmas virreinales.

Ciudades megalíticas ocultas entre cactus,
de nombres armoniosos como música antigua:
Chucara, Machu Picchu en arcaico lenguaje,
arcaico como el sánscrito de brahamánicos himnos.

Ciudades cuyas piedras guardan como un tesoro
la cicatriz de fuego del calzado de fierro
del corcel de Bolívar. Ciudades libertarias
que miran de las cumbres como miran los cóndores
y los fieros soldados del "Santo de la Espada".

¿Qué fue de la escudilla cerámica y bermeja
y del idioma autóctono con sabor de aguardiente?
va siendo postergada por vajilla extranjera
y por un sonajero de voces mercantiles...

¿Cómo ocultar la llaga atroz de la Colonia,
con todas sus bajezas y su envilecimiento?
¿Cómo olvidar la ergástula mita a anacona
y la plata teñida con la sangre nativa?

Por suerte y para gloria de la historia de América
de la sabana de oro del Orinoco vino
un trueno de cascadas de añicos de cristales
y un coro de relinchos de corceles alados
que eran más que corceles águilas irritadas.

Ciudades de dichosa marmórea arquitectura,
moradas elegidas por elites de cóndores;
ciudades florecidas por canciones de arrieros
trajinadas por recuas de acémilas heroicas.

Para entender el blanco secreto de los Andes
hay que tener la oreja afilada y homérica
de Bolívar el joven capitán invencible
y su alter ego el lúcido guerrero de Ayacucho.

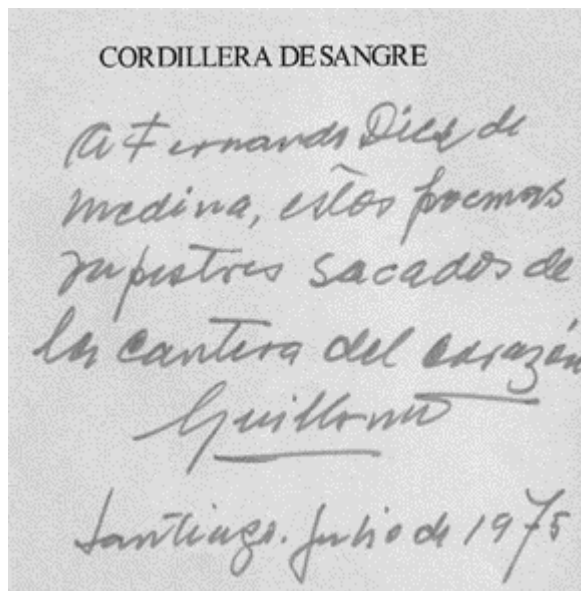
En ellos se ha encarnado el hálito de fuego
de la vieja montaña ingrátida y angelica
que al contemplar sus cumbres perdidas entre nubes
parece que alternara con un dios invisible.

De ahí su continente de excelsa desmesura
por sobre las mezquinas ambiciones humanas,
irguiéndose vestida de dignidad suprema,
peraltada en el centro del corazón del vórtice.

¡Ay! del que no percibe su cohesión que aglutina
moléculas en masas de firmeza perenne,
¡Ay! de aquel que no sigue la enseñanza preclara
de la que es paradigma de todo paradigma.

¡Ah! el pánico súbito que expande la montaña
cuando vibra y se rompe su piel de viejas piedras.
La montaña respira y aterroriza el verle
devorar los paisajes con sus fieras mandíbulas.

Los Andes encumbrados en cósmico corcovo
de pórfidos y cuarzos y llantos congelados,
ingravidos, perfectos, exactos, permanecen
como el logrado sueño del divino arquitecto.



GUILLERMO VISCARRA FABRE

CORDILLERA DE SANGRE

Editorial Nascimento

Santiago de Chile

1974

*El que vive en este mundo de acción y
la rehúye; el que aprovechándose de los frutos
de acción del mundo se niega a dar su parte de
actividad, debe auergonzarse de vivir.*

*Así pues, empuña la espada de la
sabiduría y corta de un solo tajo los lazos de la
duda y desconfianza que atan tu mente y tu
corazón. Yérquete, ¡oh príncipe!, y cumple tu
destino*

BHAGAVAD GITA.

a NILDA NUÑEZ DEL PRADO

AQUI estamos a solas construyendo la patria en este hachazo rojo de la insigne montaña. Hace muchos milenios, milenios y centurias que construimos la patria con clavas y con hachas, con cinceles de sílex, con nuestra propia sangre, con el rosario líquido de nuestras propias lágrimas.

Mucho antes del principio de todas las memorias, cuando las aguerridas y viejas dinastías; apretados al flanco de estas ocrez montañas convertidas en quietos sacerdotes vestidos de sangre, coronados de diademas de fuego, esta cuenca rodeada de fieras cordilleras semejantes a aeróstatos inflados de silencio, como desmesuradas hembras embarazadas ya estaba concurrida por novicios y diáconos recogedores de oro para cincelar ídolos, para labrar dalmáticas que vistan al egregio pontífice del templo solar de Tiahuanaco.

Acaso colindábamos por puentes invisibles con esos misteriosos escultores perdidos en el añil del cielo de la Isla de Pascua, y desde los confines del sud nos integrábamos al coro pentatónico que venia del norte, de los adoratorios de Uxmal y Chichén-Itzá; desde esa edad remota bronca de las bocinas de grandes caracolas y de cuernos de bestias fabulosas, estamos construyendo la patria de los hijos de nuestros propios hijos.

Después, vino un silencio de afelpadas sandalias deslizándose apenas por la alfombra del tiempo, hubo unas agonías e innumerables muertes, hasta abrirse esta herida de soledad sin ecos.

El viento deambulaba empapado en aroma de tierra humedecida por las primeras lluvias y había una fragancia de copal y de bálsamos, de robles incendiados cuyas banderas de humo nublaban los temblores de las constelaciones sobre el pecho del cielo.

En esta tierra antigua levantada e indómita, de ojivales cavernas amplias, catedralicias, hubo revelaciones, augurios y conjuros; hechiceros, astrólogos, terapeutas y magos. Hubo un Dios invisible de la criptografía, escriba del decálogo de la inicial ameba y de la biografía de errantes nebulosas perdidas en el dédalo de celestes ciudades.

En los bosques con lluvias pertinaces y tibias
donde medran criaturas arbóreas singulares
y una flora carnívora de corimbos impúdicos,
el hombre está asombrado ante el milagro insólito
de esta naturaleza llena de encantamientos;
está preso en la cárcel cósmica del misterio,
detrás de los barrotes del vacío y la nada,
atento a la faena trágica y solitaria
de crearse a sí mismo como el Jehová del Génesis.

Aquí el hombre pelea con la bestia rampante
de la honda pesadumbre que en forma despiadada
quiere unirlo a la noria movida por el hato
arreado por el látigo humillante del miedo.

En este territorio dulce y desmemoriado,
ocupado está el pecho de fragores geológicos,
y nuestros huesos llenos de un tuétano de sordos
rumores de volcanes que mastican ceniza.
Estamos traspasados del ruido de fracturas
subterráneas de rocas que se embisten a ciegas.

Nos rodea el prestigio de los antecedentes:
en nuestros infernales trópicos de lianas
y orquídeas inflamadas que abrazan la arboleda
de impenetrables bosques, se inventó hace milenios
la Columna Salomónica que comenta la Biblia.
Mucho antes del acorde del mágico piano
de Debuss, a había catedrales hundidas
en los devoradores mares verdes del bosque,
y gigantescos bloques de esquistos fantasmales,
blancos y esmerilados por crueles intemperies
se alzaban, como espectros congelados y erguidos
del atrevido sueño de un genial arquitecto.

Todos nuestros sentidos están encadenados
al persistente embrujo de nuestra flora mágica
de zumos que enajenan, y esto nos ensimisma
mucho más que los vuelos desmedidos y audaces
para llegar al blanco cadáver de la luna.

Vivimos empujados por un duende nocturno
por caminos de abismos subjetivos, inmersos
en mares ontológicos de brumosas orillas.
En los menudos huesos de nuestros fuertes dientes
aflora en la sonrisa vieja sabiduría.

Es este un escenario insomne y susceptible
de dramas incestuosos de seres complicados
más fatales que todos los crueles argumentos
de la ciega tragedia del Edipo de Sófocles.

Nos muerden nuestros pulsos, impulsos subterráneos
como las resonancias de digestiones igneas
del fondo de la tierra. Somos hijos de bosques
malignos y de mares de olas petrificadas.

Devorados por fieros monstruos inmatrimales;
como los caracoles que alargan sus antenas
hacia las lejanías de ocultas dimensiones,
estamos levantando los muros de la patria
ofrecida a los hijos de nuestros propios hijos.

El nombre cabalístico de Tiahuanaco vuela
vestido de tinieblas y rojas tempestades.
El vano de la Puerta del Sol abre un bostezo
pavoroso y callado a la faz del trasmundo.
¿Qué artífice poseso escribió ese mensaje
color de musgo seco que exorna el portentoso
friso del monumento más hermético y bello
que exhibe en su atalaya la oscura primihistoria?
Una larga y pesada noche cayó como una
llovizna de ceniza impalpable y helada
sobre estos altiplanos y blancas cordilleras,
borrando los recuerdos, toda huella e impronta,
haciendo de estos paramos el templo silencioso
de la más absoluta soledad despiadada.
Tiahuanaco, necrópolis lítica levantada
a tres mil ochocientos metros vertiginosos.
Tiahuanaco, Chucara en toponimia arcaica,
fue un Colegio de sabios hierofantes, augures,
virtuosos de una ciencia geométrica de cálculos
de estelares distancias y secretos viajes.
Tiahuanaco fue el alto mirador de la luna;
un luminoso himnario de las constelaciones,
el empinado Templo del Sol, cuya portada
tenía centinelas de cóndores armados
de estólicas bicéfalas y hachas de filo fúlgido.

Después de Tiahuanaco advino la teocracia
del Inca omnividente, el del espejo cóncavo;
y a estos territorios de silenciosos riscos
donde afloran enormes guijarros de oro rubio,
llegaron desde el Cuzco rebaños de guanacos
y pastores vestidos de túnicas flexibles
de pieles de vicuña para llevar el polvo
de oro que trae el viento y las gruesas pepitas
pulidas por la lengua del agua de las nieves.
Kori-Cancha el gran templo con la piedra de laja
para los sacrificios, tenía sus canales
repujados de oro para que la sangre
corriera sin ruido.
Oro para el zarcillo y diadema del Inca.
Oro para el blindaje de los senos morenos
de la gran Mama-Kuna, fiel esposa y hermana
del monarca prelado.
Oro para la flecha del cazador temido
y para el balconero negro y enmascarado
con el neblí en el puño enguantado de oro.
Oro para las breves sandalias de las ñustas.
Oro para los maestros estatuarios y orfebres
que cincelaban varas del maíz con mazorcas

de la plata más pura y las hojas de oro
sembradas del rocío de los brillantes claros
traídos del paraíso verde del Amazonas.
Oro para las máscaras de los muertos cubiertos
por bálsamos y unturas, doblados en cuclillas
como fetos dormidos en cestas de bejucos.
Oro para mezclarlo con la púrpura fresca
del aterciopelado pétalo de los ñujchos
y las rojas campánulas de colgantes kantutas
y arrojarlo a puñados al viento de las fiestas
de los raymis anuales, o sean los solsticios
que acortan o que alargan las herméticas noches
de todo el año agrícola, o bien, sembrar la ruta
de la imperial litera levantada en los hombros
de funcionarios nobles, entre músicas graves
de negras ocarinas y oboes gemebundos
labrados en los huesos de anónimos difuntos
que amortajó el olvido y que pulió la muerte.

Sólo momias de príncipes secos y embalsamados,
envueltos en sudarios de mágicos tejidos,
y ebrios menhires negros vestidos de grabados
y extraños jeroglíficos son los testigos mudos
del pasado, que duerme en su hermética cripta.

¡Nuestro horóscopo aciago fue el oro soterrano!
Por las punas planchadas por el viento constante,
pasan nuestras mujeres en hileras trigueñas,
cargando como un ramo de retamas silvestres
en sus espaldas frágiles, sus niños de cerámica.

En los patios de tierra cernida, apisonada,
templán como arpas rústicas de cordaje vibrante
sus telares indígenas los tejedores ágiles,
y a la hora del descanso de la grata faena,
parecen los telares quietos y verticales,
el instrumento antiguo evocado por Bécquer,
olvidado en el tiempo romántico extinguido.

Ya no es posible ahora desandar el camino,
volver a la teocracia de esqueleto prehistórico,
y a los chorros calientes del maíz desgranado.

Es aire envenenado de crueldad nuestra crónica,
respiramos el polvo de huesos y de ruinas,
y no obstante nos vienen ancestrales estímulos
como lejanas voces de seres fabulosos.

En la atmósfera se oyen palabras desgarradas,
un persuasivo diálogo de absolutos valores.

2-Cordillera de...

Todo está colocado en el limpio paisaje
por una geomancia de lucidez diabólica,
por urgentes impulsos subjetivos, que empujan
desde dentro a la clara periferia del día
los complicados nexos que configura el drama.

Rompen el horizonte mascarones de proa
de navíos fantasmas de álido velamen
y es un vano espejismo, son nieblas errabundas
que ahuyenta el sol de fuego y que disipa el viento.

Sombras simplificadas, volúmenes y líneas;
la luz que es un reguero de pólvora inflamada,
concurren como un todo convincente y perfecto
para crear metáforas de equilibrio cromático.

Hay en este paraíso oculto y sin memoria,
un lenguaje pictórico, un lenguaje melódico;
vocablos expresivos recién amanecidos,
que están en evidencia por donde se los busque.

Quien aguce el oído, el ojo y los sentidos,
verá en la perspectiva sinuosa y transparente
imágenes y voces refractadas y vivas,
en el hondo escenario de remotas edades.

El cielo está poblado de escrituras de pájaros
y de los jeroglíficos de la pasión humana.
Fuerzas devoradoras nos cubren y zambullen
entre crepusculares mares introspectivos.

Esta naturaleza es el recuerdo vivo
de un sueño congelado en el olvido mismo.

Nuestro paisaje es bárbaro, anárquico y violento
y a la vez, un paisaje de infantiles asombros.

Este es un mundo nuevo, plástico y sugerente
que nutre por ocultos conductos misteriosos
el famélico espíritu atingido e indócil
que golpea en la hermética puerta del infinito.

Todo es vital, rotundo y hasta imperecedero,
como algo destinado a eterno sufrimiento:
el árbol que se empina y la luz que lo habita
como la flecha al mártir luminoso y dolido;
el agua torturada por sus sinuosos cauces,
y la flor que es tallada por el viento y la gracia;
la piedra que la noche amasa activamente
con voluntad, firmeza, eternidad y fuerza.

Este paisaje tiene la realidad que busca
el ojo inquisitivo del verdadero artista.

Si el paisaje tuviera la luz de la conciencia,
se sentiría inmerso en aguas subjetivas.

Alguien en estos ámbitos derrama la ternura
como semillas frescas de candor entrañable,
ternura de rocío que moja los trigales,
maternales ternuras de canciones de cuna.

Está en este paisaje de excelsitud y hondura,
demostrado el profundo sentido de la vida.

Aquí rigen las leyes absolutas del orden
con el que se gobiernan los fenómenos cósmicos.
Lo efímero, lo ingrato, lo residual, lo falso
fue transportado de otro lugar desconocido,
y la desdicha tiene raíces extranjeras.
La desdicha nos vino junto con los caballos.
A los tristes caballos de los Conquistadores,
les achacaron hábitos voraces y carnívoros,
por eso los indígenas temerosos y cándidos
les tendían al bello trémulo y coralino,
tórtolas y gallinas, y sangrantes roedores,
miel, frutas y hasta flores de perfume silvestre.

Los cronistas del tiempo colonial, escribieron
que cuando los indígenas vieron a los caballos
mascar ruidosamente sus bocados metálicos,
les sirvieron en rústicos lebrillos de madera
racimos de esmeraldas y tejos de oro rojo.

Esta es una comarca de fábula y conseja
donde son elocuentes los ríos y volcanes;
donde el clima es un tónico vital que se derrama
como un licor enérgico, puro y estimulante
en la máquina orgánica con que se viste el hombre.

Las criaturas son ídolos, ídolos son las bestias,
como épicos fantasmas y seres de leyenda,
rodeados de una innata majestad de escogidos,
eternos como bloques de basaltos antiguos
o como las raíces de árboles donde anida
el pájaro de fuego del rayo y la tormenta.

Todo aquí es apoteósico: los festines de púrpura
de cóndores y pumas, el rumiar horizontes
de la Vicuña grácil, el genésico cielo
de desmedidas bestias, los robles encendidos
por el fulgor del rayo cegador de relámpagos.

Aquí se está en la cumbre del júbilo y la angustia.

El aire está poblado de misteriosos signos
y es el lugar propicio para el creador, el héroe,
el místico o el santo que ilustran las orales
tradiciones que guarda en su acervo la raza.

Sólo es en el misterio, ese útero secreto
donde al fin se realiza la concepción del arte.

En estas latitudes el hombre arrastra muertos,
hay un lazo invisible que lo ata a las remotas
edades fenecidas, y batalla y lo hieren
sus recónditos sueños silenciosos y crueles.

El hombre es hecho a golpes de martillo en el yunque
por la naturaleza despiadada y heroica
que a la vez le prodiga su adulador halago
desgajando laureles y robles a su paso;
por eso la persigue sonámbulo, corriendo
tras sus andares rítmicos de mujer hechicera.

Por eso cada hombre es un gran sufrimiento;
una cruz florecida de congoja viviente,
y también es un mástil erguido de entusiasmo
o un frenético río de agua que se despeña.

Y en este territorio insólito y bravío
de albas arrodilladas al pie de las montañas,
estamos levantando la patria de los hijos
de nuestros propios hijos.

Melancólicas piedras gargantas berroqueñas
picachos inflamados por torrenciales luces,
forman el escenario de este abierto teatro
donde son los actores todos los elementos
actuales en coherentes y patéticos dramas
que admiran, desconciertan, desconsuelan y abisman.

Hay húmedas cavernas de grabados rupestres
hechos por manos hábiles de anónimos maestros.
Como un ave de presa, formó su nido en estos
laberintos geométricos, la síntesis desnuda,
la que ambiciona y busca el desvelado artista.

A poco que se observe el ámbito desierto,
se verán los volúmenes de serena grandeza,
ingrávidos, flotando como estatuas de cíclopes,
o el color, en rotundos y vibrantes contrastes.
Las ágiles metáforas de arquitectura excelsa
que alumbran la poesía, duermen como capullos
esperando la hora de su descubrimiento.

Al indagar se advierte un inédito modo
de nominar las cosas buscando las palabras
con un nuevo sentido más exacto y preciso,
es que en estos parajes todo está entretejido
con una trama armónica de forma y pensamiento.

Lo imponderable duerme como nieve que cae
al pozo de la noche y que no ha sido vista
por ningún ojo humano. En estas latitudes

está despierta y viva la evocación de antiguas
edades señaladas, de cuando fuera el hombre
sin hogar, trashumante, o el cazador primero,
o el domador ingénito que bumilló al Unicornio.

Todavía en el viento se advierte el olor fuerte
de la empresa asombrosa, de la “fazaña heroica”.
Se sospecha el fracaso de las mentalidades
juiciosas, en el vórtice de esta naturaleza.

Tenemos todavía el inicial asombro
del neófito en la puerta prohibida del misterio.

Estamos frente al claro milagro de la cuna
del Niño de la Gracia sin amaneramientos.
Estamos en un mundo de actos elementales
y a la vez de estructuras diáfanas y esenciales.

Nos hallamos cavando el azul horizonte
en la búsqueda urgente del destino futuro.

El hombre en estos páramos quisiera hacer del mundo
una sola gran patria para todos los hombres,
y hallar tras el recodo que invadió la maleza
la yacija olvidada del primer matrimonio.

Aquí el artista es fuerte, luminoso y flexible
como el filo quemante de la espada de un héroe
y su mente despierta y erguida es semejante
a la inquieta cabeza de la culebra, llena
de una urgente y secreta curiosidad diabólica,
recibe los estímulos exteriores e inventa
la ciencia cristalina de la música estrófica,
la síntesis cromática, la gama de sonidos
o los plenos volúmenes de una plastica nueva.

Y en estos territorios poblados de mensajes
múltiples, perentorios para el creador atento,
estamos construyendo los muros de la patria
futura de los hijos de nuestros propios hijos.

Debajo de la falda de las grises montañas,
asoman los pies pálidos de un Dios crucificado
dejado por olvido de los Conquistadores
entre abismos sin fondo de infernales paredes.

Arboles torturados se desangran en lluvias
de hojarasca bermejas, en tanto que del tajo
del berrocal, asoma como una luna nueva
la flor inmaculada del espino que alarga
su cuello hacia el abismo. Estamos en la sede
de las oposiciones, de todo lo imprevisto
y de lo inusitado.

La raza constructora de mudos monolitos,
la raza de heraclidas, es fantasma sin rostro,

devorado a mordiscos por el puma prehistórico
y los buitres borrachos de vino ultravioleta.

Nuestra tierra desierta tiene voz de algarada,
de viento, de zampoñas, de lejanos mugidos,
de herrajes que golpean las piedras del camino
en carrera frenética. El viento en las peladas
pampas del altiplano, rasca su periferia
como un perro rabioso, desenterrando extraños
huesos fosilizados.

Las palabras se atascan en nuestros paladares,
no sabemos decirlas, nos falta traducirlas
del idioma que hablara el Adán de la Biblia,
nos falta hallar el hilo en nuestro laberinto
que nos conduzca al centro solar de nuestra cuna.

Nuestra historia es un negro telar donde ha tejido
tortuosos jeroglíficos, enrevesadas cifras
la muerte tejedora de todos los destinos,
en las encrucijadas entre los recovecos
de espaldas al reposo, como nuevos titanes,
estamos construyendo la patria de los hijos
de nuestros ro ios hijos.

Con ojotas de humo nuestros fantasmas bailan,
nuestros fantasmas danzan en este lodo duro
de sangre apelmazada. Un cerco de fusiles
azuza arrea, empuja hacia los arenales
del rojo matadero. Ayer lo mismo ha sido,
hoy y mañana y siempre.

Tenemos en el aire nuestras nieves subidas
como un oleaje de ángeles, tenemos una jungla
de luz que nos marea, esparcida en los ámbitos
cósmicos, silenciosos.

Tenemos nuestros trópicos de corpulentos árboles
vestidos de bejucos y orquídeas milagrosas.
Son marmitas herméticas de petróleos hirvientes
nuestros abismos ebrios; vive, aúlla y se acopla
nuestra fauna ecológica, y es glíptica grabada
con signos de geomancia la que cubre las piedras
en cuyas cumbres duermen la tormenta y las águilas.

La voz de los volcanes es la canción de cuna
de los hijos que nacen inermes y desnudos.
Tenemos una extraña geografía que atrapa
en hípnico delirio y que transforma el sueño
en obsesión constante, en doloroso enigma
que repica en el alma como un bronce lejano.

En las vertiginosas olas petrificadas
de nuestros montes ciegos, en la inmóvil marea
de recua de bisontes que semejan los picos
de nuestra cordillera, peraltado y cubierto

con óxidos metálicos se yergue como un ídolo
el Potosí de plata, herido y flagelado
como un mártir, cribado por las puntas de huesos
de millares de muertos...

A la sombra del cerro rico y acaudalado,
toda una muchedumbre audaz y aventurera
se asentó, y en el año de mil seiscientos once,
Potosí tuvo un censo tan alto y asombroso
que la elevó en su rango de ciudad, a niveles
de las más encumbradas capitales del mundo.

Una voz demorada rueda en sus socavones,
como trueno lejano, la voz del caraqueño
que "aró en el mar" y dijo:

"DE PIE SOBRE LA MOLE DE PLATA Y CUYAS ARTERÍAS
RIQUISIMAS ASEGURARON POR TRESCIENTOS AÑOS EL
PODERÍO DE ESPAÑA, YO ESTIMO EN NADA ESTA OPULENCIA
COMPARADA CON LA GLORIA DE HABER TRAI DO
EL ESTANDARTE DE LA LÍBERTAD DESDE LAS PLAYAS
ARDIENTES DEL ORÍNOCO HASTA FUARLA EN EL
PICO DE ESTA IVÍONTAÑA CUYO SENO ES EL ASOMBRO
Y LA ENVIDIA DEL UNIVERSO".

Allende las montañas de espesas densidades
hundidas en sí mismas, a espaldas de taludes
de basaltos y pórfidos, muy lejos de estos cielos
de líquidos Zafiros; ronca el mar sus antiguas
blasfemias engrifadas, como fiera enjaulada
detrás de los barrotes cristalinos del aire.

El mar, viejo cautivo de su propia tebaida,
testigo del milagro vital y del proceso
de las transformaciones. El mar, atareado
en formar cefalópodos, esponjas y corales.

El mar, escriba arcaico de la increíble crónica
manuscrita en cartílagos de los primeros peces.

El mar, ciclope cósmico, del ojo vigilante,
que viera hervir el mármol y estallar en rubíes
las impávidas crestas de las altas montañas.

El mar enloquecido, el mar verde frenético
que baila echando al viento su saliva de espumas
crespas y como encajes de oro pulverizado.

El mar, que en los nocturnos saca de sus entrañas
sus garras con anillos de nácares preciosos
y atrapa estrellas palidas y ángeles vagabundos,
entre azules penumbras que emigran sin retorno.

El mar, placenta y útero del parto de la vida,
arrebujado en densos vapores errabundos,
gélido y calentado por las temperaturas
a que está sometida la primordial materia.

El mar, vasto y fragoso, agónico y misántropo,
que entona soliloquios de acento shaksperiano
para llegar al tono de un grave Segismundo
sereno en la grandeza de la pasión domada.

Mar, que hace catedrales de ensortijadas conchas
y que enciende semáforos de azafrán y de púrpura
que alumbra el laberinto de sus calles pobladas
de algas y flagelados, de anélidos y esporas.

El mar, que vio en la noche con su pupila absorta,
descender a sus barbas de esmeraldas rizadas
la cauda incandescente de veloces cometas
y el polvo y las esquirlas celestes de las épicas
tiendas de los astros, entre ríos de fuego,
cuyo sonoro estrépito, es ola de silencio
rodando en el vacío...

Este mar, está lejos de los toros de bronce
de nuestra cordillera, toros de cornamentas
afiladas de nieve; pero el mar es de todos
porque de sus honduras emergió el rudimentario
primate, melancólico, con pies y manos náuticas.

El mar es la gran patria de los seres humanos,
y en el mar se libraron las primeras masacres,
entre las tempestades de eléctricos fulgores,
entre las catapultas de aluviones crecientes,
sobre rojas arenas y tierras incendiadas.

En el mar se conjugan todas las inquietudes
que acosan desde siempre el espíritu humano,
parece que su bronco clamor repercutiera
por todos los confines remotos del planeta
preguntando: "qué somos y de dónde venimos".

Tenemos una tea que arderá eternamente
en las pálidas manos de un mártir ahorcado.
Tenemos uniformes militares que lucen
como trajes de actores. Bicornios y bonetes
cribados por insectos; espadas herrumbrosas,
banderas, oriflamas, estandartes bordados
como viejas mortajas de difuntos excelsos
en museos desiertos; y en estos territorios
de sangre y de batallas, de traiciones e inútiles
heroísmos anónimos, estamos construyendo
la patria prometida a nuestros propios hijos.

Comprendamos, hermanos, el gran significado
del conjuro que asumen dos escuetas palabras:
"DIGNIDAD COLECTIVA" y mostremos tenerla
ante nosotros mismos y ante la faz del mundo.
Que nadie escuche el ronco sollozo de la raza,
que sea un solo grito rodando para adentro,
y a ese clamor unánime despertará en nosotros

nuestro vital aliento que nunca fue humillado.
Hermanos, ese día, no iremos hacia ellos,
ellos vendrán contritos y limpios de rencores,
y el mar, el mar maravilloso, el eterno inconforme,
el mar que es patrimonio de los seres humanos,
vendrá como un prelado vestido de esmeraldas
a besar nuestro pecho fatigado y heroico.

II

EVOCACION DE LA CIUDAD DE LA PAZ

DESPUES de las catástrofes, después de los motines,
después de los incendios y los ahorcamientos,
mirando a la distancia la fuga de caballos
con los cascos teñidos con sangre coagulada,
entre soldados muertos e indígenas partidos
a brutales sablazos y atroces dentelladas,
¿quiénes somos y cuántos olvidados quedamos?

Yo he visto a las calladas muchedumbres reunidas
como un hato de inquietos leopardos, descifrando
la madeja de inciertos caminos del destino.

Es esta la comarca inaudita, erigida
por alarifes lentos como los caracoles
de nacaradas conchas y antenas como cuernos
rosados y flexibles, de ahí que las viviendas
adheridas estén al filo del barranco
y en la cresta del monte taciturno y bermejo.

Esta es la encaramada ciudad que petrifica
a los seres que habitan su entraña y su dintorno
Por sus tortuosas calles empedradas de ágatas
ha pasado la horda del color del crepúsculo
rompiendo su callado corazón en las piedras.

Cuando en esta comarca muda y petrificada
se nace, se ha nacido mudo y petrificado.
Por eso la existencia es un teatro absurdo
en la que los actores están petrificados
en una escena muda, cruel y petrificada.

Sin embargo la vida repica sus campanas
de metal cristalino en los confines verdes
de los valles y trópicos ebrios y dionisiacos
acariciando el rostro rígido de la piedra
con sus manos de umbelas salvajes y aromáticas.

De los calvos volcanes de porosa osamenta
lívidos por la pátina de sus fuegos internos
que atiza y luego aviva con su soplo la muerte,
desciende en danzarines remolinos de espuma
por rotas escaleras de verdes obsidianas
y afiladas espadas de basaltos antiguos
el agua desde el blanco corazón de la nieve
arrastrando su manto de láminas de oro
que maceró en sus fraguas infernales la muerte.

¡Tanta muerte ingresando en meandros y espirales
por caminos de felpa de musgos y de helechos
hasta este paraíso mudo y desmemoriado,
donde curvan sus arcos mariposas de seda,

pájaros de plumajes ardientes y dorados
que se posan apenas con levedad de pluma
sobre islas de caimanes dormidos en el fango!
¡Tanta muerte encerrada tras los frágiles huesos
de nuestra humana cárcel que iluminan los sueños!

¿Qué fue primero, Patria, tu previda asomando
su lomo de montaña entre los torbellinos
de gases y de nieblas y eléctricas tormentas
de nuevos continentes que a sí mismos se forman?
¿Cuánto tiempo pasó y qué oscuros milenios
en ese pandemónium de estrépitos geológicos?
¿Qué levaduras móviles y atroces fermentaron
éstas tus silenciosas y frías soledades?

Fue el capitán realista Alonso de Mendoza
el fundador pionero de esta ciudad indómita.
El derramó en los paramos y los valles floridos
vírgenes de Remedios, Guadalupe y Mercedes
de encendidas mejillas como frescas camelias,
de sonrisa inocente de rubia confitura
y de extáticos ojos seductores y azules
como las margaritas azules de los campos.

Fue el que inventó las hípicas corridas de sortija
y el ruedo enarenado de las riñas de gallos,
asesor de corridas de los primeros toros
improvisando el coso en plazas pueblerinas.
El sembró en los ceramios de trazo antropomorfo
claveles sevillanos de aroma afrodisíaco
y los grandes geranios de enmascarado rostro.
Fue el que clavó en el humus con olores de axila
de los Yungas, naranjos de frutos encendidos
y flores candorosas de temblores nupciales.

Don Alonso y su experto alarife Paniagua
levantaron beaterios, caseríos panzudos,
ingrávidas iglesias de torres de espadaña,
monasterios de monjas Descalzas, Carmelitas
y azules Concebidas de toca inmaculada,
los rimeros palacios para las castellanas
venidas desde España con sus bravos consortes.

El palpó con sus manos de amante apresurado
las vetas portentosas del oro de Tipuani,
hallando como premio la muerte. En su agonía
vio en caballos de fuego los fantasmas de humo
de Pizarro y Almagro, vio más: a los corceles
de los conquistadores dando coces al viento
izados por reatas sobre abismos sin fondo
y otros con sus jinetes convertidos en bloques
de hielo, como esbozo de guerreros ecuestres.

¡Ay! infeliz, cuitado Don Alonso, su mímica,
su atrevida figura, su mílite arrogancia,
al llegar a estos hoscos parajes desolados

se tornaron en polvo que el huracán furioso
soplo a los horizontes. Su férreo guantelete
de imperial magistrado quedó roto y vacío
como el brazo cortado de un reo abominable
a merced de los pumas vagabundos y hambrientos
que al oliscar su acero como una vieja cáscara
le volvieron la grupa despreciativamente.

A la ciudad que un día fundara Don Alonso
llegó desde la Corte longinqua, ultramarina,
un bello manuscrito signado por la mano
del monarca de España, las Indias y de Flandes:
la Cédula Real famosa y un heráldico escudo
coronado de un yelmo espectral, rematado
por la paloma símbolo de la paz y la dicha.

Un solo manuscrito que se equipara en roca
a esta naturaleza de roca obsesionante
es aquel que firmara el autor del Quijote,
el egregio y eterno don Miguel de Cervantes,
pidiendo al Rey de España la merced mas humilde
de un insignificante corregimiento en Indias
situado en la flamante ciudad cordillerana
que fundara el hidalgo Alonso de Mendoza.

Ciudad, ciudad amada te alzaron sobre heladas
cenizas de difuntos, sobre un campo de ruinas
y mientras tanto en Lima pulquérrimos virreyes
al fuego perfumado de finas salamandras
trasnochaban dictando a torvos alguaciles
retóricos edictos contra los alzamientos
de mestizos y de indios y contra los motines
de los bandos en pugna de los peninsulares.

Fueron varones míticos, heraclidas insignes
los sólidos caudillos de tu solar estirpe,
que lo digan si pueden los cuatro potros rudos
que amarrados a manos y pies del superhombre
dispararon en equis para romperlo en cuatro.
Los épicos equinos entre espumas y sangre,
el belfo tembloroso y el calcañar crispado
derrumbados quedaron, trémulos de impotencia.
La algarada realista estranguló al caudillo
que sigue agonizando en la horca de los siglos.

¡Ciudad, ciudad amada te ha nutrido la muerte
y el agua de tus ríos se ha convertido en sangre!

Tu primer monumento civil fue la Picota
cuya sombra siniestra recortaba la luna
ante la indiferencia de cristal de los montes
erguidos como excelsos y mudos paradigmas.

¡Viva Fernando Séptimo! y luego el vértigo,
las voces agresivas, el toque de campanas,
el Cabildo cesante y la Junta Tuitiva

y a breve plazo, el desconcierto, el caos,
la delación, el miedo, el cobarde arribismo
y como consecuencia absoluta, el fracaso
con todas sus secuencias de delitos impunes.

Aquella Plaza de Armas trazada por Paniagua
el hábil alarife de Alonso de Mendoza,
se convirtió de súbito en un espeluznante
muestrario de cabezas amarillas de ahorcados.
Fueron ejecutados ante la muchedumbre
del cholerío absorto, lloroso y aterido,
izadas sus cabezas ensangrentadas, pávidas
al extremo afilado de pértigas de chonta
como escarmiento tácito del fermento diabólico
de alzamientos futuros y gritos libertarios.

¿A qué culpar al sino, ciudad acongojada?
¿Quién te puso en el cepo de tus tribulaciones?
¿Qué fieras han dejado blanqueando tus caminos
de huesos como restos de bárbaros festines?
Tus propios hijos mascan su pan duro de odios.

¿Para qué levantaron iglesias inauditas
de pórticos tallados en medio de tus páramos?
Para rescatar almas, y rescataron oro.
Las almas van mascando su soledad amarga.
Los pastores de almas no conocen las almas,
las almas van a ciegas, tropezando y cayendo
como un hato de bestias que la tormenta empuja.
Plugiera a los oráculos que todas las iglesias
hubieran sido escuelas para aprender la ciencia
de vivir plenamente con libertad de veras.

Más tarde, una casaca escarlata y bordada
de talla enjuta, fina y flamígeros hombros,
junto a una capa al viento de embozo inmaculado
colgada en unos hombros atléticos y ágiles
paseaban por tus calles y tu Plaza de Armas
mirador y patíbulo de hazañas increíbles.
Los dos próceres hacen derroche de elocuencia
en torno de la urdimbre sutil y complicada
de las Constituyentes y las Constituciones
como quienes jugaran un juego de barajas
de alcances no previstos y posturas difíciles.

Y así, en estos sitios concurridos por sombras,
detrás de los barrotes de una prisión de sueños
y broncas pesadillas, estamos construyendo
la patria de los hijos de nuestros propios hijos.

Devorada tu piel por esa lepra viva
del folklore coruscante como una joya antigua,
tatuada de oriflamas, insignias y banderas,
con máscara de diablo anónimo y suntuoso
grotescamente danzas un Baile de San Vito.
Te brota un hormigueo movible de soldados

y eres un rumoroso cuartel en el que juegan
a la taba y al tute con una dinamita
mordida entre los dientes de procaces contrarios.

Un día, nació alguien de tu matriz nutricia
que movido por viejas ambiciones duales
fundó logias masónicas de herméticas consignas
en tu martirizado corazón solitario
y logró gobernarte con astucia de sierpe
y la sabiduría vigilante del búho.
Con la medalla, insignia de poderes supremos
envió plenipotencias y suscribió tratados,
hizo pactos secretos que sirvieron de estímulo
para su propia ruina y tu larga agonía.

Luego un barbado mílite de atrevida apostura
ciñó tu cuerpo mártir con su garra de acero,
fue implacable con toda conspiración del orden
y rubricó sus triunfos con su espada de fuego.
Erguido en su conducta de feudal oligarca
impertérrito siempre, se mostro unicamente
proclive a los paraísos de Afrodita, la eterna,
perdiéndose en la bruma como un halcón herido.

Anduvo por tus calles bruñidas por las lluvias,
un demagogo falso, ruin y vanidoso
que se nombró a sí mismo Redentor de Oprimidos,
azuzando a las turbas al saqueo, al incendio,
al estupro y la muerte, y todo por venganza
de un lascivo adulterio público y comentado.

Hasta que un día aciago, un hominoide rudo
ensayó caminar en dos pies y al fin erguido
te escupió y ultrajó con su basura física.
Le siguió otro espécimen tan bárbaro y tan zafio,
tan vil y traficante que el aire enrojecía
de vergüenza a su paso cauteloso de hiena.

¡Quién pudiera evadirse de tu trágica historia,
como un cautivo ansioso que mira el cielo abierto
detrás de los barrotes de su mísero encierro!

¡Quién pudiera matarse por dentro de uno mismo
como aquel que se arroja del mástil del oprobio!

Con lágrimas que ruedan al abismo del alma,
con las sangrientas rosas del insulto en los dientes,
estamos con vehemencia construyendo la patria,
la patria de los hijos de nuestros propios hijos.

**EL AUGE
LA ERA
EL SIGNO**

Palabras sibilinas que aparecen de súbito
encendidas al rojo en lo alto de tus rocas,
en lo hondo de tus selvas, en la frente amarilla
de tu inclemente páramo, en el húmedo antro
de alacranes y arañas que entre sí se devoran.

**EL AUGE
LA ERA
EL SIGNO**

Fibromas, adherencias, adventicias raíces
colgadas de tu vientre de vísceras de oro
y médula de aceite que brota de la piedra;
tu esqueleto de plata y toda tu estructura
de escogidos tesoros, han hecho que te acocen
como a una bestia mítica, exangüe, acorralada.

EL AUGE:

esa palabra eufónica estimula y aviva
la envidia y la tristeza de los bienes ajenos
e incita a apoderarse de lo que no se tiene.

**¡EL AUGE!
¡LA ERA!
¡EL SIGNO!**

Te ha destrozado EL AUGE y de una superficie
de 2 millones 500 mil kilómetros cuadrados
de insigne territorio te ha dejado en apenas
un millón y fracciones vergonzantes y míseras.
Y entre el despojo cínico y el reparto oprobioso
de impúdicos tratados firmados por espectros,
estamos construyendo con afán persistente
la patria de los hijos de nuestros propios hijos.

**¡EL AUGE:
¡LA ERA!
¡EL SIGNO!**

EL SIGNO de las vetas y las pepitas de oro,
EL AUGE de la plata del Potosí famoso,
LA ERA de la quina, LA ERA del salitre,
y nuevamente EL AUGE del diabólico argento,
EL AUGE de la goma, LA ERA del estaño
y finalmente EL SIGNO mágico del petróleo,
te han postrado en tus frías soledades de cumbres,
en esa tu remota tebaida del trasmundo.

Tuviste hijos preclaros, adalides conspicuos
que te ofrendaron todo su brío y su nobleza

en un constante anhelo de procurarte glorias
y todos sus afanes fueron avasallados
por el maquiavelismo y los sordos trajines
de luchas intestinas y externas ambiciones.
Por un varón entero, hubieron mil cobardes
y por un generoso, mil mercaderes sórdidos,
por un patricio ecuánime, mil taimados bigardos
vestidos de libreas pomposas y grotescas.
La delación hipócrita, el falso testimonio,
el impune homicidio por esbirros venales,
todo lo inconfesable, lo innoble, lo nefando
te cercó en tu luctuosa Noche de los Olivos.
No obstante, en este amargo territorio vejado,
traumatizados, rotos, estamos construyendo
la patria de los hijos de nuestros propios hijos.

Primero fue el Paititi, arterias congeladas
entre espumas de cuarzo de oro rubio y sedño,
lagos de oro dormido bajo bosques de frondas
impenetrables, oro en tumbas profundas
vistiendo momias negras de príncipes autóctonos
de viejas dinastías perdidas en el tiempo,
el oro de las largas vigiliás de los ávidos
conquistadores, locos del frenesí del oro.

Luego, la gran joroba, el tumor inaudito,
la preñez asombrosa de la plata, fluyendo
de la misma montaña a las pálidas manos
ansiosas, temblorosas del monarca de España
encerrado en las vastas y frigiditas estancias
del Escorial, rodeado de priores y monjes.

Más tarde fue el nitrato que ensangrentó la arena
de los desiertos pávidos, por una regalía
de diez pobres centavos por quintal de salitre.

El duende subterráneo de la plata de nuevo
emergió su cabeza al Sur de tus montañas
y con su poderío levantó entre peñascos
palacios y glorietas, sembrando en sus jardines
gardenias olorosas y rosales de Francia,
compró amarillos títulos de dudosa nobleza
y formó una aristocracia de príncipes absurdos.

EL AUGUE de la quina, hermético secreto
de la farmacopea del herbolario indígena
y la aparición súbita del caucho oscuro y blando
como carne amasada de negro esclavo y triste,
hizo que el ojo de oro del jaguar y el venado,
del caimán y la víbora se quedaran absortos
ante las decoradas ciudades que se alzaron
como por artes mágicas entre las catedrales
de barbuda arboleda de las selvas ancianas
profanadas ahora por estampidos de armas
tan distintos al dulce y cálido reclamo
de la torcaz salvaje oculta entre las hojas.

EL AUGÉ de la goma alentó el genocidio
de millares de indígenas que soldados autómatas
arrearon de sus rubios altiplanos nevados
al antro del fantasma de las fiebres palúdicas.

EL AUGÉ del estaño fue como un treponema
maligno y agresivo que envenenó tu sangre
con la firmeza sorda de un mal que no se cura.
Junto al fulgor del oro y la luz del argento
de pasadas alcornias, el estaño fue un pálido
sustituto plebeyo encumbrado de pronto
como un bárbaro y trágico amuleto metálico
que se erigió en Estado dentro del propio Estado

Su origen que es lindante con el mito y la fábula
rememora la historia del humilde Aladino
que se tornó en un sátrapa astuto y poderoso
gracias a los poderes de su embrujada lámpara.
Tanto estaño extrajeron de tus vetas muníficas,
que los afortunados alcanzaron honores,
servidumbre de reves, dadivas de princesas
en las cortes del mundo donde se trasladaron
a exhibir sus caudales amasados con sangre.
En las hondas cavernas de tus lóbregas minas
que semejan las olas de un mar petrificado
rondan los "tiburones" de origen extranjero
que ayudados por "otros" que por ludibrio nacen
en tus propias entrañas devoran tus sustancias
que luego se convierten irremediabilmente
en los treinta dineros del judas de la Biblia.

EL SIGNÓ del petróleo te ha obligado primero
a evacuar tus ciudades dejando por sus calles
mujeres enlutadas, niños escrofulosos,
inútiles ancianos anémicos, inmóviles,
sentados a las puertas de sus pobres viviendas;
los jóvenes, los hábiles, los aptos y escogidos
fueron llevados todos al lejano desierto
sin agua, sin caminos, sin Dios, sin esperanza,
donde no tienen sombra ni el hombre ni los árboles
Se convirtió en auténtica realidad pavorosa
el sueño de un neurótico pálido e incurable.

Es cierto que entre el humo de la inútil matanza,
entre la sed sin agua y el arenal candente
recobraste tus pulsos y te pusiste lúcida
y al fin, de tus congojas y tus tribulaciones
creaste de tu barro amasado con llanto
un ser que estaba lejos del soñado arquetipo
y que no obstante el cerco de sus limitaciones
descabezó a la hidra de múltiples cabezas,
esa que devoraba sin descanso tus vísceras.
Tu atlético San Jorge, tu campeón mitológico
pagó con el suicidio su hazaña temeraria
mientras la muchedumbre histérica arrancaba
su corazón callado con el apasionado
afán de que latiera más allá de la muerte.

Otro adalid nacido de tu entraña múltipara
se meció como fruta pendiente de la rama,
ahorcado por millares de manos engarfiadas
de una algarada anónima azuzada en la sombra.
Un suicida patético y un macabro ahorcado
fueron los centinelas de tu supervivencia.

Después, aprovechando de tu mortal cansancio
te invadieron roedores voraces y constantes
un enambre de insectos proclives a la podre
y juntos permitieron que vivieras muriendo
de las pobres migajas tiradas de la mesa
del festín infamante de los imperialistas;
suscribieron tratados vergonzosos e inicuos
por los que te vendieron como a una mujerzuela.

Y en este territorio luctuoso y aguerrido,
pese al crujir de huesos de tu hercúleo organismo,
sobre tu atormentada carne azul de montaña
estamos construyendo con persistente empeño
la patria de los hijos de nuestros propios hijos.

Largamente engañada y siempre sorprendida
de la cara de Jano de los que te rodean,
entre deudos postizos. oportunistas lúcidos
y amaestrados tutores se alarga tu contienda
como una pesadilla que no termina nunca;
es hora de que labres en piedra tu camino
como lo hiciera antaño el colectivo impulso
del rumoroso pueblo de tus antepasados
y en ese basamento de firmeza basáltica

se alzará silencioso el monolito de oro
prometido a los hijos de nuestros propios hijos.

INVOCACIÓN

Patria:

"Wipffala" se llamaba tu perdida bandera
en el áspero idioma que comentó el filólogo
y debajo sus pliegues alegres se apiñaban
innumerables pueblos como greyes agrícolas;
dicen que flameaba desde el Maule hasta el Guayas.
Tú que guardas celosa en tu matriz secreta
metales conocidos por su nomenclatura,
ensenanos el modo de fundirnos en uno,
de hacernos homogéneos como un solo lingote.

© Rolando Diez de Medina, 2021
La Paz-Bolivia